



SURREALISTAS CHILENOS

La mandrágora es una hierba medicinal europea, una hierba de hojas verdes y rugosas, que despiden muy mal olor, y de flores blancas o azulinas en forma de campanilla. La raíz, bifurcada en el centro, tenía según las leyendas antiguas forma humana, y esto le confería toda clase de virtudes maravillosas. Era un elemento indispensable en determinadas operaciones mágicas. Servía para la preparación de filtros y para ahuyentar a los espíritus infernales. Plinio aconsejaba cuidarse de recibir el viento en la cara al recolectar una mandrágora, describir tres círculos alrededor de la planta con una espada en la mano y colocarse de cara al Occidente al arrancar la raíz. Otra leyenda decía que si una persona escuchaba el crujido de la raíz, el llamado "grito de la raíz", en el momento de desprenderla de la tierra, quedaba condenada a morir en un plazo muy breve.

Los buscadores de raíces de mandrágora, para evitar este peligro, se tapaban los oídos y amarraban la raíz a un perro negro manchado de rojo. Era el perro el que tenía que arrancar la raíz de cuajo, de una carrera.

Los escritores europeos se interesaron en el tema de la mandrágora, desde mucho antes del surrealismo. Por lo demás, en una de sus facetas más vitales, el surrealismo consistió en una revisión y una reivindicación de grandes temas olvidados.

No sé qué motivo preciso movió a los surrealistas chilenos a bautizar su movimiento con el nombre de "La Mandrágora". No pretendo ser un especialista en la cuestión. Sólo escribo a base de mis recuerdos personales. Los miembros más visibles de la Mandrágora, en mi época, eran Jorge Cáceres, Braulio Arenas, Enrique Gómez Correa y Teófilo Cid. Jorge Cáceres tenía

un talento múltiple, cosa frecuente en esa época: era, por lo menos, pintor, bailarín y poeta. Conservo un buen recuerdo de su poesía, aunque no he podido volver a leerla desde entonces. Era un hombre bajo de estatura, delgado, de rasgos muy finos. Un día se supo que había muerto de un ataque cardíaco, mientras estaba en la tina de baño.

Teófilo Cid era un personaje notable, que dejó huella en la memoria de todos nosotros. Era una especie de príncipe desastrado, harapiento y pestilente hacia el final de su vida, de la bohemia santiaguina. Había tenido alguna relación de familia o de amistad con el presidente Juan Antonio Ríos y había conseguido ingresar, en los años cuarenta, a la carrera diplomática.

Nunca consiguió, sin embargo, que le dieran un puesto en alguna embajada. Como era un afrancesado impenitente, poseedor de un francés correctísimo, lo destinaron al servicio de protocolo. Ahí parece que era un maestro en el arte de la conversación con los diplomáticos extranjeros, durante interminables antenas. Llegó, decían sus amigos, a vestirse con mucha elegancia, con sombreros enhuinchados de color gris perla, cosa que parecía improbable o imposible a los que lo habíamos conocido algunos años después.

El servicio de protocolo, sin embargo, además de las cualidades de conversación, exige una atención minuciosa, un orden perfecto, una gran disciplina en materia de horas, y el poeta no tardó en caer en desgracia. Su protector, para colmo, murió en la mitad de su período presidencial. Teófilo Cid, al comienzo de la década del cincuenta, ya había encallado en la bohemia mísera del café Iris, del Club de los Hijos de Tarapacá y del Club Ciclista de la calle Bandera. Arturo Soria trataba de ayudar a Teó-

filo dándole trabajos para su editorial Cruz del Sur y haciéndolo intervenir en los programas de "Cruz del Sur revista hablada", una curiosa revista verbal, muy adecuada para el genio polémico de Soria, que se transmitía todos los sábados después de almuerzo por la radio Minería.

Recuerdo haber llegado con Teófilo y haber tenido que atravesar por una multitud compacta de liceanas que esperaban a uno de sus ídolos, Lucho Gatica.

"¿Han visto a Lucho?" nos preguntaron.

"¿Qué Lucho?" preguntó a su vez Teófilo, con voz avinagrada.

Mientras las liceanas aguardaban a Lucho, frenéticas, Teófilo ocupaba los micrófonos de la radio para hablar de Benjamin Péret, de Antonin Artaud, o del narrador romántico alemán, desconocido entre nosotros, Achim von Arnim. Después me tocaba leer alguno de mis primeros cuentos. Un disco, en seguida, reproducía la voz de Rafael Alberti recitando a Garcilaso, o la de Dámaso Alonso en la *Fábula de Polifemo y Galatea*, de don Luis de Góngora.

Arturo Soria, al término del programa, o quizás fuera de programa, ya no recuerdo, se lanzaba a despotricar contra el general Franco y sus secuaces, contra la estulticia universal, contra lo que él había bautizado como la "cultura del artefacto", que ya se había iniciado en el país, a pesar de las restricciones cambiarias, pero que tendría que esperar muchos años todavía antes de llegar a la era gloriosa de los caracoles.

En alguna medida, Arturo, emigrado de la República española, epígono de la generación del 98, contemporáneo de los hombres del 27, también representaba cierta forma de surrealismo hispánico.